

EDITORIAL

CARTA A UN ALUMNO DE PRIMER AÑO

Todos sabemos que en nuestra Facultad coexisten paralelamente dos modelos de universidad: uno en el que se exige y se estudia a conciencia, y otro, el de las comisiones donde se "zafan" o "roban" las materias. Esta dualidad en la implementación de la enseñanza, está perjudicando principalmente a aquellos que tienen verdaderas ganas y necesidades de estudiar, porque no hay relación entre el esfuerzo y los beneficios que se obtienen como resultado. Esta situación atenta contra una igualdad de oportunidades real (en el sentido de mayor número de ellas) y contra una verdadera Universidad popular que sea eficaz en reducir diferencias sociales, premiando la capacidad, la honestidad y el trabajo.

Ante este panorama, a mitad de mi carrera, pensaba que el reclamo debía estar dirigido *exclusivamente* a las organizaciones estudiantiles, ya que ninguna de ellas ha tomado nunca como objetivo político elevar el nivel académico, perjudicando de esta forma, los verdaderos y reales intereses de un estudiante. La responsabilidad de ellas está dada por su falta de representación, demostrando así una crisis de legitimidad en su accionar.

Una universidad facilista, no exigente, es injusta al no existir un sistema de premios y castigos. Que todos se reciban hace que los criterios de selección para los futuros trabajos no vayan a estar dados por la honestidad intelectual, idoneidad y dedicación, sino por la vinculación, el acomodo, la influencia familiar y el poder económico; un ejemplo de esto es el nepotismo judicial existente en nuestros tribunales. Todas esas diferencias existían el primer día de facultad, ¿por qué deben permanecer en el último?

En ese momento pensaba que bastaba con reclamarle a las organizaciones estudiantiles que terminen con nuestra FABRICA DE GHANTAS. Agregaba a mis argumentos que nuestra sociedad cuestiona diariamente la capacidad y honestidad de nuestra clase dirigente, ¿y nuestra futura clase dirigente? Recibirse zafando o copiándose, ¿no es también una forma de corrupción? Se dice "que cada uno se procure su nivel". Pero, ¿puede la sociedad dejar librado a la decisión personal de cada estudiante la calidad de sus futuros profesionales o *deberíamos bregar por la excelencia académica como un valor esencial?*

Hoy, a punto de graduarme, he comprobado que para que se produzca un verdadero cambio no alcanza con buscar solamente la excelencia académica o dirigir los reclamos a nuestras organizaciones estudiantiles. Ante todo, también hace falta una nueva actitud por parte de nosotros, los alumnos, y en especial de aquellos que no zafan, sino que son los más brillantes y deberían ser el ejemplo; ya que a mayor capacidad hay también mayor responsabilidad. Un cambio de actitud que sume a la capacidad, la honestidad, tanto intelectual como humana, ambas necesarias para reconstruir la ética universitaria.

¿Por qué también es necesario este cambio de conducta de los mejores estudiantes? Porque en nuestras aulas se puede ver que no sólo existe la corruptela del que se copia para sacarse un cuatro, sino además está el que lo hace para mantener el promedio.

Elegir las comisiones fáciles es ya una costumbre arraigada, pero no ya con la intención de zafar, sino para ir en búsqueda del diez. Una especie de rapafia de notas con un sobrevuelo previo que requiere arduas investigaciones para ver dónde se encuentran.

Algo similar sucede con las becas, que supuestamente benefician a los mejores, las cuales, muchas veces, se otorgan a los más cercanos y *a priori* de toda evaluación de antecedentes.

La soberbia como negación del conocimiento, el "YO SOLO SE QUE LO SE TODO", es también algo muy común; esto lleva a plantear discusiones en términos absolutos perdiendo de vista la esencia de las mismas.

Creo que cualquier hombre de bien coincidiría conmigo en que **UNA PERSONA NO VALE POR SUS TALENTOS SINO POR EL USO QUE HACE DE ELLOS**. ¿No es éste un precepto valedero que también se tendría que tener en cuenta a la hora de medir si una persona en realidad es valiosa? Si agregáramos esta norma moral tendríamos un sentido amplio de los conceptos **TALENTOSO, MEJOR, BRILLANTE** más acorde con los requerimientos de una sociedad en crisis (es decir, en cambio) que debe recurrir a los estudiantes como su última reserva moral.

Ante todo es importante que nos repreguntemos ¿qué es ser joven? Y más que nada que nos decidamos a serlo. Ya que todos coincidirán en que la juventud implica que por nuestras venas corra el **IDEALISMO** suficiente para mantenernos espiritualmente inalterables, inamovibles e incommovibles, en definitiva, fieles a nuestros principios en situaciones en las que estén en juego valores trascendentes como la moral y la dignidad humana. Si juventud implica todo esto es muy triste ver la prematura "vejez" de un estudiante universitario.

Un estudiante nos debería insinuar el hecho de estar en presencia de alguien con cierto grado de virginidad intelectual que tenga todavía la mente clara, fresca, para darse cuenta cuáles son las cosas que, por su profundidad, realmente importan. Lucidez necesaria para rechazar de plano lo pueril, banal, trivial, fatuo, frívolo, nimio y fútil, en cada momento que se le presenten. Y más allá de que se predique una idea en nombre del solidarismo o lo haga en nombre del individualismo, lo que verdaderamente debe preocuparle es la actitud crucial, concreta y diaria del **NO EGOISMO**.

Aquellos que se lancen a la aventura del conocimiento sin una genuina vocación y honestidad, no tendrán los prerrequisitos necesarios para una sincera búsqueda de la verdad intelectual, para evitar de esta forma el relativismo epistemológico.

Para un estudiante, ¿qué es ser un revolucionario en vísperas del siglo XXI? ¿Significa adoptar un look de aparente rebeldía, comportarse de manera nihilista sin distinguir entre valores que merezcan ser conservados y valores que deban ser reformados y, a veces, hasta recurrir a la violencia? ¿O ser revolucionario implica afirmarse en sus convicciones éticas provistas por el corazón, la inteligencia y el

coraje (que todos sabemos dónde se deposita) e ir en contra de conductas o sistemas conservadores de privilegios como los descriptos anteriormente?

Si no procuramos nutrirnos de esta clase de armas no se podrá penetrar en la realidad y modificarla para mejor. Si ya hemos sido despejados o nos hemos desprendido de todo ideal antes de comenzar la batalla, los cuadros de jóvenes recibidos estarán formados por seres inocuos incapaces de tomar posición y decidirse a defender lo que se considera justo.

Un nuevo modelo de joven, estudiante y revolucionario debe impregnar a toda nuestra sociedad si realmente nos interesa que las cosas cambien. No podemos hacer estruendosas declamaciones acerca de la corrupción o de cualquier otra situación anómala sin antes comenzar por ver, y especialmente cambiar, nuestra propia realidad cotidiana. Este pretende ser un aporte en ese sentido.

NICOLÁS DE BRASE